

LOS PECADOS CAPITALES DE LA HUMANIDAD DE HOY

por Francisco-Manuel Nácher

Siete son los grandes pecados de nuestra, sin causa, orgullosa civilización:

- 1.- El Materialismo.
- 2.- El Egoísmo.
- 3.- La Competencia.
- 4.- La Prisa.
- 5.- El Miedo a la sociedad.
- 6.- El Pesimismo ante el futuro.
- 7.- El miedo a sí mismo.

1.- El Materialismo es el primero y causa de todos los demás. Y es lógico: Si se piensa - y no digo se cree porque, en su fuero interno nadie lo cree - que tras la muerte no hay nada, se ha puesto en marcha una causa cuyos efectos son perfectamente coherentes con ella.

Cuando se creía en el más allá, todo el mundo, sin excepción, veía condicionada su vida y, por tanto, su actuación a lo largo de ella, por ese más allá. Porque, por muy torpe que uno fuera, por muy inculto, por muy degradado, sabía que, tras la muerte, tendría que producirse, de algún modo, una especie de ajuste de cuentas, una compensación de los desequilibrios y las injusticias de que la vida estaba llena y que era lógico esperar, cualquiera que fuese la idea que se tuviese de Dios.

Pero irrumpió el materialismo en el mundo moderno, lleno de orgullo por las luces de la razón que, estaba seguro, hacían innecesario a Dios - sin darse cuenta de que alguien, de algún modo, debería haberle proporcionado esa razón - y, en su borrachera de orgullo, decidió que Dios no existía. Sólo existía la materia, lo que se puede percibir por los sentidos... Hasta que la misma ciencia, fruto precisamente de la razón, le ha demostrado que, lo que de verdad no existe, es la materia, que sólo es energía y ésta, vibraciones, lo mismo que la luz y el sonido. De modo que el materialista se ha quedado sin Dios y sin materia.

Pero, como hemos dicho, desde el momento en que el hombre decide que Dios no existe, pone en funcionamiento una causa que, irremediablemente, produce sus efectos:

2.- Primero apareció el egoísmo: Si no hay nada tras la muerte, si la vida sólo es un fenómeno natural, resultado del azar y causado por reacciones químicas, ¿por qué preocuparse más de ello? Y, si no se preocupa uno del más allá, porque no existe ni, por tanto, existe premio o castigo ni compensación de injusticias ni retribución de ninguna clase, ni siquiera vida, lo lógico es tratar de experimentar la mayor cantidad posible de placeres y satisfacciones y la menor cantidad de dolores, penas y tragedias durante esta vida. Y eso llevó al hombre a pensar en sí mismo antes que en ninguna otra cosa: *“A vivir, que son dos días”*.

3.- Y claro, la consecuencia inmediata fue la competencia, esa panacea universal para obtener y conservar el estado del bienestar y que, en realidad, al ser una lucha intraespecífica, va contra todas las leyes naturales - a las cuales el hombre está sujeto totalmente, aunque no quiera o no lo crea - y, por tanto, contra la propia supervivencia de la especie, y es completamente antinatural. Ésta es su tesis: *“El otro, todos "los otros", son enemigos a los que hay que eliminar o neutralizar, so pena de ser eliminado o neutralizado por ellos, cuya filosofía es idéntica a la mía.”*

La competencia, hizo necesario disponer de armas para competir y, por tanto, según las tendencias o posibilidades personales, se imponía obtener, lo antes posible, dinero, poder o fama, cosas, las tres, que permiten, bien manejadas, destacar por encima de nuestros competidores. Y, a partir de ahí,

a.- Para conseguir dinero es lícito hacer lo que sea: No es problema - ¿por qué ha de serlo con esas premisas? - el estafar; el robar; el explotar a los demás; el quebrantar los compromisos adquiridos; el polucionar el medio ambiente y aún el planeta entero; el talar las selvas que están produciendo el oxígeno que respiramos; el producir cáncer en los pulmones de media humanidad con el humo del tabaco; el fabricar armas para que los menos evolucionados, los menos capaces, los más necesitados de ayuda y protección, se maten unos a otros; el producir y llenar el mundo de drogas, que frustran todas las expectativas de los hombres, de las familias y aún de los países; el poner en peligro la propia existencia del planeta mediante bombas atómicas, de hidrógeno, termonucleares, etc.; el suspender una espada de Damocles sobre las cabezas de todos al reducir la capa de ozono que nos protege, desde hace millones de años, de las

radiaciones solares que no estamos preparados para resistir; el hacer inhabitables los ríos y los lagos y el mar; el extinguir especies vegetales y animales rompiendo grave y trágicamente los equilibrios biológicos de milenios; el eliminar etnias humanas porque molestan a cualquier interés mercantil, etc.

Pero, si se piensa que el dinero, en sí, como creación humana que es, no tiene ningún valor; que es sólo una especie de energía que puede usarse para el bien o para el mal y que, por tanto, no es, en absoluto, un fin, sino un medio, se cae en la cuenta de lo equivocada que está la Humanidad.

b.- Para adquirir poder, si es preciso, se engaña, se calumnia, se descalifica, se buscan víctimas propiciatorias, se falsean elecciones, se compran votos, se invaden países, se fingen motivos para guerrear, etc.

c.- Si se busca la fama, es lícito, por un lado, apropiarse las obras o las investigaciones de otros, plagiar, descalificar, desmitificar; y, por otro, darse a conocer a la mayor cantidad posible de gente y, como la mayor parte es la menos evolucionada, destacar en lo que a ella le gusta, es decir, en lo soez, lo degradante, lo vulgar, lo sucio, lo meramente animal.

4.- El efecto siguiente ha sido la prisa. Si bien el antiguo refrán afirmaba que "*el tiempo es oro*", de ningún modo se interpretaba entonces en el mismo sentido que ahora. Antiguamente se pensaba que hay que trabajar y que el tiempo perdido no vuelve y el trabajo hecho, hecho está y, por tanto, trabajando sin perder el tiempo, se cumple con Dios y con los hombres, puesto que el trabajo nos dignifica y nos hace evolucionar.

Ahora, en cambio, como se interpreta mal, se piensa que "el tiempo es dinero" y, como el dinero es el bien más apetecible, se intenta, por todos los medios, ganar tiempo en todos los aspectos de la vida pero, como dicen los abogados, "en fraude de ley", es decir, poniendo el cumplimiento de una ley como excusa para obtener un beneficio cuya obtención infringe otra ley más importante. Y aparecen vehículos cada vez más rápidos que, a cambio de unos minutos, se cobran cientos de miles de vidas; y se hacen las cosas mal terminadas, sin sentido de la responsabilidad, sin vocación, sin ilusión, sino sólo con prisa, para producir más en menos tiempo y ganar así más dinero; y se explican los asuntos a medias, y se engaña a los ciudadanos, y se deforma la verdad, y se inculca a todos la obtención de dinero como meta suprema. Todo ello sin caer en la cuenta de que el individuo, como tal, por mucho dinero que tenga, no incrementa con ello su valía, ni añade un ápice a sus características individuales que pueda

transmitir a sus descendientes y, como miembro de la especie humana, no aporta a la misma ninguna evolución ni ninguna mejora.

Y, como consecuencia de la prisa, surge una música que estimula, de modo insistente y en todas las emisoras, espectáculos y salas de fiestas del mundo, las veinticuatro horas del día, el nerviosismo, la velocidad, el agobio, el deseo urgente de lo futuro sin haber saboreado lo presente...

Y, como la familia ya no está basada en el amor sino en el egoísmo, y no hay tiempo más que para ganar dinero, los viejos pasan a ser una carga y los hijos pequeños, cuando no se ha logrado impedir su nacimiento, una rémora para "vivir", disfrutar, viajar, etc. Y se envía a aquéllos a residencias y a éstos a guarderías, privando a los primeros del amor de los que se lo deben - sus hijos - y a los segundos, del de sus padres y de las enseñanzas de la experiencia de sus abuelos, de la asimilación de su anclaje y conexión con la anterior generación, con sus raíces, con sus tradiciones, con sus recuerdos, dando lugar a una generación de jóvenes generalmente desarraigados, desamorados, egoístas, pasotas, desconectados de la realidad y sin voluntad ni aspiraciones.

La prisa, por otra parte, al ser, lógicamente, enemiga del sosiego y, al ser éste elemento esencial para la reflexión, se convierte en la peor desgracia del hombre pues él, que se distingue precisamente de los animales en que es capaz de pensar, de reflexionar, como consecuencia de la prisa que le embarga y le acogota, está rápidamente renunciando a esa prerrogativa, con lo que, insensible pero inevitablemente, se está animalizando.

5.- El quinto efecto lo constituye el miedo a la sociedad. ¿Qué se puede sentir en una sociedad donde cada uno se preocupa exclusivamente de sí mismo y donde no existe ningún motivo para mejorar interiormente, sino sólo en cuanto a las propiedades y las apariencias? ¿Qué se puede sentir sino miedo, si el presente es tan amenazador y el futuro nadie lo vislumbra mejor y, si lo que hoy se tiene se puede perder mañana inesperadamente, como consecuencia de la voracidad de los demás? ¿De quién hemos de esperar ayuda y consuelo y comprensión y amor en nuestra vejez si no supimos darlo ni a nuestros padres ni a nuestros hijos y si, además, tras la muerte, que no sabemos en qué circunstancias nos sobrevendrá pero sí sabemos seguro que nos llegará, no hay nada, absolutamente nada? Por eso, ante ese sentimiento de miedo, un miedo solapado, permanente, subterráneo, inconsciente si se quiere, pero real, unos optan por la huída hacia delante - y de ahí surgen los grandes

empresarios de un día, las grandes estafas, las grandes malversaciones, los atracos, etc. - y otros, incapaces por sus propias limitaciones personales, sociales o morales, huyen hacia dentro y se dan a la droga, al alcohol o al tabaco, produciendo así un flaco servicio a la sociedad - la especie de la que son miembros - y a sí mismos.

6.- El sexto efecto es el pesimismo ante el futuro. Porque, ¿qué futuro se puede esperar, dadas estas premisas? Y, lógicamente, ¿para qué trabajar - concibiéndose el trabajo, como se concibe, como algo desagradable y no como algo realizador - si, de todos modos, hay que seguir compitiendo y con miedo permanente en el cuerpo, y el mundo ha de ser siempre de los menos escrupulosos o de los más osados? ¿Para qué compartir y colaborar y sacrificarse, si se sabe que no va a servir de nada y que, si algún día uno necesita ayuda, no la recibirá?

7.- La última consecuencia, y quizás la mas grave de cuanto antecede, es el pánico que el hombre está sintiendo de quedarse solo consigo mismo. Curiosamente, cuando cree que todos son enemigos, que no puede confiar en nadie, que ha de luchar por su propio beneficio, a la hora de pensar, a la hora de ser él verdaderamente, de enfrentarse con su ser, con su persona, con su yo más íntimo, al sentirse rodeado de esos "enemigos" permanentes, el hombre de hoy siente pavor.

Sin embargo, ése es el único camino: La meditación, el encontrarse a sí mismo, el darse cuenta de que uno es parte del todo; y es libre; y la vida no es una lucha sino una aventura maravillosa; y los semejantes no son enemigos, sino nuestros hermanos; y el dinero no es más que un medio que se pone en nuestras manos para vivir y para ayudar a los que tienen menos que nosotros; y el poder es un instrumento que se nos concede para que, a su través, forjemos hombres y hagamos justicia y ayudemos al que lo necesita y limitemos al que se excede; y la fama es también un medio de convertirnos en ejemplo para muchos, de lo que nos gustaría que fuesen todos.

Sólo mediante la meditación, mediante el diálogo consigo mismo, mediante el amor a sí mismo - porque debemos amarnos a nosotros mismos (¿Cómo vamos a amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos si no nos amamos a nosotros mismos?), cosa que, en su fuero interno, no hace casi nadie - mediante el autoconocimiento, podemos comprender el mundo y podemos comprender a nuestros semejantes y podemos comprender que vale la pena vivir y podemos sentir la paz, esa paz por la que todos, en el fondo de su alma, suspiran y que casi nadie conoce. La paz que los

antiguos se deseaban al saludarse. Esa paz que nace del hacernos conscientes de que, dentro de nosotros, poseemos un yacimiento inagotable de ideas propias, de sentimientos propios, de ideales propios y de posibilidades que, al ser nuestras, están armonizadas con nuestro "Yo" y que, de saberlas utilizar, fructificarán en la adquisición de la armonía interior, característica del hombre verdaderamente superior.

Aún hay, sin embargo, un "arma secreta", algo que, permitiéndonos ser hombres en toda la extensión de la palabra, nos eleva a cotas superiores y nos hace vislumbrar posibilidades sin límite: se trata de la devoción, la elevación de nuestro corazón y de nuestra mente a lo alto, a ese Ser que necesariamente ha de existir – pues nuestra inteligencia ya desarrollada se niega a admitir que todo el universo se ha hecho solo – y que, por mera lógica, ha de estar, solícitamente, cuidando su obra y dispuesto a socorrer e iluminar a cualquiera de Sus criaturas que se lo pida.

Y, en un último escalón de posibilidades, existe la Filosofía Rosacruz, el conocimiento que nos aclara todos los misterios que siempre han asombrado y asustado y condicionado al hombre y que es lo único que puede y debe salvar a la humanidad de su desorientación actual. Y es nuestra responsabilidad hacer que esa filosofía de vida, de futuro y de esperanza, se difunda por todos los rincones de la tierra y la impregne y despierte a la Humanidad a las realidades superiores que, desde tiempo inmemorial nos estaban reservadas y de las que no teníamos noticia. Es una enorme responsabilidad. Pero se nos ha considerado dignos de asumirla y ése es nuestro reto, tanto a nivel individual como a nivel colectivo. Y debe constituir el único objetivo de nuestras vidas.

* * *